

ANALES

DE LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

Tomo XXXVII |

Octubre-Diciembre de 1926

| N° 258

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. DR. DN. MANUEL CABEZA

DE VACA, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

EN LA SOLEMNE APERTURA DE LOS CURSOS

DE 1926 A 1927



Señor Presidente Provisional de la República,

Señores Profesores y estudiantes,

Señores:

Designado por el voto de las Facultades de esta Universidad para el cargo elevadísimo de Rector, debo renovar a mis ilustres comprofesores de igual modo que a los estudiantes el testimonio de mi profundo reconocimiento por la señaladísima honra que me habían discernido. Ahondo sin escrúpulos en mi propia personalidad, y mientras más avanzo en esta operación de auto-análisis, menos títulos encuentro para que yo ocupe este sitio de alta preferencia donde fulguró, enviándonos raudales de purísima luz, el pensamiento de tantos varones de prestancia intelectual y aquilatadas virtudes.

El espíritu democrático discurre por doquiera; penetra en el corazón de las instituciones para regularizar

su ritmo, haciendo que cada palpitación suya sea un eco fiel del alma colectiva. Es acaso ese espíritu, el que os llevó a exaltar a un puesto de singular honor a un plebeyo de la ciencia, confiando en que su afecto por el viejo solar universitario colmaría el abismo que existe entre sus dotes naturales y los ideales que este antiguo centro de cultura está llamado a realizar.

Vínculos de honda raigambre son los que a él me unen, y la acción del tiempo lejos de aflojarlos, los fortifica y remoja. Cuando me hallaba lejos de la Patria, empeñada mi actividad en objetos al parecer distintos de aquellos a los cuales había consagrado mis primeros esfuerzos, una emoción de indescriptible placidez embargó mi ánimo al visitar la Universidad de Berkeley, en el Estado de California. Su reposo austero, el grave silencio que inunda sus amplias avenidas, sombreadas por árboles de frondosa exuberancia invitan a la meditación y al recogimiento, hablándonos de la vida como de algo serio a que debemos consagrar nuestras facultades superiores. Y por una asociación de ideas fácil de explicarse, bajo la influencia del medio y del escenario, acudian a mi mente recuerdos de pasadas lecturas sobre la organización de las Universidades inglesas, principalmente las de Oxford y Cambridge, que elevándose por encima de la superficialidad burocrática que en veces corroe esta clase de organismos las ha convertido en focos de cultura selecta, en centros fecundos de investigación y en templos donde el carácter y las más preciadas virtudes que dignifican al individuo encuentran a la vez que sólido fundamento su mejor estímulo.

En virtud de análogas asociaciones de ideas alzábase también en el fondo oscuro de mi memoria la imagen de la antigua Universidad de mi Patria, la que había modelado mi espíritu, imprimiéndole el sello inconfundible de su influencia. Un férvido entusiasmo por enriquecerla material y moralmente, por enaltecerla hasta el prestigio de instituciones similares es un movimiento natural, espontáneo del espíritu, dócil a las evocaciones del pasado, que, de cierto, bajo tan vívida y radiante sugestión, conviértese y se transmuta en presente, si por la fidelidad

de la imagen que revive si por la santidad de los afectos y remembranzas que despierta.

Las Universidades, siguiendo tan nobles como austeros ejemplos, deben ser corporaciones independientes que fomenten una especie de apostolado laico para el logro de los fines superiores de la sociedad. Su obra ha menester realizarse día por día, minuto por minuto, en una ininterrumpida sucesión de esfuerzos que revelen su propósito fundamental, superior a las vicisitudes de un mero mecanismo administrativo. Si dijéramos, respetando la palabra que tan acertadamente define sus atributos esenciales, su autonomía debe ser no solamente externa sino interna; autonomía de pensamiento que sabe elaborarse a sí mismo y seguir su rumbo sin vallas protectoras; autonomía de voluntad que sabe conquistar el señorío de sus actos y gobernarse, con la luminosa comprensión de la superior finalidad que los envuelve.

Todos los que hemos pasado por la Universidad sabemos de la importancia que esto reviste para la consistencia, sinceridad y solidez de su obra. Le debemos esta confesión ingenua que, por añadidura, es también el vínculo de adhesión que a ella nos une. Renovémoslo en esta fecha que abre de nuevo sus puertas a la juventud; y en plática sosegada departamos amigablemente sobre cosas que se refieren a nuestro hogar espiritual y que a todos nos interesan. Para ello, bajo la protección de vuestra indulgencia os pido que separando de mi frase su tosca envoltura, dejéis fluir vuestros propios pensamientos. De mi parte, al evocarlos, sé que el raudal de su frescura, fertilizará también la aridez de mis palabras.

En una época en que se interroga a toda institución por las razones que la sostienen y los fundamentos en que se apoya; en una época de reconstrucción crítica de la realidad social, no es de asombrarse que la atención pública no solo en nuestro país sino en otras naciones se haya fijado en la enseñanza superior

llegándose a formular la pregunta: ¿cuál es la utilidad de las Universidades?

De ordinario se las ha considerado por la generalidad de las gentes como meras escuelas profesionales, cuyo fin enderézase a preparar a ciertos individuos para el ejercicio de tales o cuales profesiones; y como dentro del mecanismo económico del mundo moderno sobreviene un momento en que el número de profesionales se halla fuera de toda proporción con las necesidades del país, ese momento—llamémoslo de saturación—determina, en concepto de quienes participan de tan superficial criterio, la urgencia de restablecer el equilibrio entre el mecanismo productor y el mercado cuyas exigencias satisface.

Además, no podía dejar de impresionar vivamente el costo de su funcionamiento. Mantener las Universidades es restar a la enseñanza primaria y a la secundaria un renglón apreciable en el presupuesto del Estado. Y como el primer deber de éste refiérese a la formación inteligente de la ciudadanía, no en sus especializaciones profesionales, sino en aquel fondo común que es indispensable para su intervención en el Gobierno, el raciocinio rápido que fluye de estas consideraciones es el de que se deberían suprimir aquellos centros docentes que sólo de un modo lejano se relacionan con ese objeto, a fin de que el excedente que por este procedimiento se obtuviere se lo aplique al fomento de una labor educativa más amplia, de más profunda resonancia en las múltiples capas que constituyen la nacionalidad.

Por qué separar así, tan honda y diametralmente, la Escuela y el Colegio de la Universidad? Ese encastillado riguroso de los conceptos; esas clasificaciones rígidas e inflexibles, que, lejos de seguir, como el agua, las ondulaciones del terreno acomodándose a las sinuosidades del mismo se yerguen altaneras cual rocas milenarias, que presenciaran inalterables la marcha de los siglos, al través del infinito, no guarda armonía con la realidad de las cosas, que ignora las lindes definitivas de separación, mostrándonos por doquiera la ley de la continuidad en todo lo existente: cada aurora y cada tarde tienen su crepúsculo; y cada día que pasa y se marchita, es una encarnación de la eternidad indivisa, y es el mismo que recibió en su manto de luz a nuestro planeta, para lanzarlo en su peregrinaje al través de las estrellas.

La Universidad es como el coronamiento de la obra educativa: la escuela, es su fundamento. Es cuestión de conveniencia práctica, circunstancial más que todo, saber si deben existir establecimientos intermedios: en creándolos, lo importante es que constituyan organismos de enlace entre la escuela y la Universidad, desarrollando la cultura general del futuro universitario a fin de que, por este medio, se lo capacite para seguir el derrotero que le convenga.

Si se suprimieran las Universidades presenciaríamos el doloroso espectáculo de que la misma instrucción primaria vendría a menos. A la verdad, la Universidad, cada Universidad según sus capacidades y los medios de que dispone, contribuye a formar la clase directora de la sociedad, aquella que en un momento u otro, en esta esfera o en la de más allá, tiene entre sus manos la solución de los problemas nacionales y va tejiendo la trama del progreso colectivo. Los hábitos de pensar cultivados y desarrollados en la vida universitaria, imprimen a los que los han adquirido una cierta dirección del espíritu, una actitud de noble serenidad que el claustro estimula y fomenta, un cierto culto por los ideales superiores; de donde nace, a la postre, su interés solícito por la escuela en particular, y por el florecimiento de la cultura en general. Por qué es que hoy en día damos tanta importancia a la escuela? Pues porque un sentimiento superior de cultura discurre por todas las fibras del organismo colectivo, sentimiento que, como en su foco íntimo ha nacido, tenemos que confesarlo, en las Universidades. Las nuevas orientaciones de la vida social, los nuevos ideales gubernativos, el genuino sentimiento democrático, dónde se han cultivado, qué es lo que les ha dado auge y estímulo? Pues yo respondo que son las Universidades las que han hecho eso y algo más con la importancia consagrada a los estudios sociológicos y económicos; con el espíritu de libertad, que se fortifica por medio de la convivencia universitaria. — Suprimamos todo esto y las consecuencias irían más lejos de lo que la imprevisión o la ligereza de algunos pudieran imaginarlo. Es como si quisiéramos ahorrar el aceite para avivar la llama: Ciertamente, la llama no puede producirse sin el aceite que la alimenta; ese aceite ha de hallarse al fondo de la lámpara: como la llama va consumiéndose a sí misma, en virtud del proceso de la combustión, absorbe la sustancia que reemplaza las partículas de luz que vemos extinguirse.

Está en la conciencia y en el corazón de todos que tal concepto de las Universidades por parcial, por unilateral es erróneo. La Universidad es—o por lo menos debe aspirar a serlo—un centro propulsor de la cultura nacional, un laboratorio de investigaciones científicas: antorcha viva o tenue, según las circunstancias, que ilumine la marcha de las sociedades. Está llamada a ser un factor en la formación del espíritu nacional, suscitando ideales de conducta, inspirando respeto a la verdad, amor a la moralidad, abriendo con sus manos las montañas de egoísmo que se opongan al paso de sus banderas.

Hoy la nación no se concibe como una mera yuxtaposición de intereses materiales, con sus luchas y oposiciones irreductibles; ni como un campo cuyas fronteras han sido trazadas por la mano fatalista de la geografía: no se explica el vínculo que la mantie-

ne ni por la fuerza de la conquista, ni el prestigio de las dinastías, ni siquiera por la acción difundida del idioma. La nación significa algo más: es un alma, una constante aspiración de mejoramiento, que si se alimenta del pasado, tiende su vuelo al porvenir. No la tierra de los padres sino la de los hijos es la Patria, decía Nietzsche, tratando de significar aquel afán de ascensión siempre creciente que se agita en el corazón del hombre.

Y sin embargo, pesa sobre la civilización occidental la acusación de haber sustituido como lazo de convivencia entre los hombres un principio meramente mecánico, dejando en segundo plano el objeto propio de la sociedad, la cooperación humana. — «A ello se debe, dice Rabindranat Tagore, la guerra declarada entre el hombre y la mujer, porque se ha roto aquel hilo invisible que debe unirlos y mantenerlos en armonía; pues el hombre, empujado hacia el mercantilismo, produciendo riqueza para sí mismo y para otros, moviendo sin fin la rueda del poder ya para su propio beneficio, ya para el de la burocracia oficial ha dejado que la mujer se marchite, y muera o pelee sus propias batallas. Y allí donde debía existir cooperación se ha entronizado la competencia. La misma psicología del hombre y de la mujer, acerca de sus mutuas relaciones, modificase y se convierte en la psicología de dos primitivos combatientes, antes que en la de la humanidad que busca su complemento, por la unión basada en mutuos renunciamientos. Los elementos que han perdido su lazo vital con la realidad, pierden también el significado de su existencia. Entonces ellos, como partículas gaseosas arremolinadas en un espacio estrecho, hallanse en un conflicto eterno hasta que se desbarata aquel arreglo artificial que los mantiene en servidumbre. Luego miremos a aquellos que se llaman anarquistas, quienes protestan por la imposición del poder en cualquiera forma sobre el individuo. La única razón para esa protesta es que el poder se ha vuelto demasiado abstracto: es el producto científico, perfeccionado en el laboratorio de occidente, no sin haber disuelto antes la personalidad humana. Y cuál es el significado de las huelgas en el mundo económico las que cual plantas rodeadas de punzadoras espinas, brotan con renovado vigor en el suelo desnudo, cada vez que se las corta? Qué significa sino que el mecanismo productor de la riqueza crece incesantemente, hasta asumir una vasta estatura, fuera de proporción con las necesidades de la sociedad? Tal estado de cosas da lugar a feudos eternos entre los elementos que han renunciado a la santidad de los ideales humanos; y entonces se produce una guerra interminable entre el capital y el trabajo. Porque la sed de riqueza y de poder jamás encuentran su límite y los dictados del interés propio nunca alcanzan el final espíritu de reconciliación: ellos continúan estimulando la envidia y la desconfianza hasta el

fin, y este fin solo llega por medio de una catástrofe repentina o de un renacimiento espiritual.»

«Cuando esta organización de la política y del comercio llega a ser todopoderosa, a costa de la armonía de una vida social elevada, un día siniestro amanece para la humanidad. Cuando un padre se vuelve jugador y las obligaciones para con su familia ocupan en su mente un lugar secundario, entonces deja de ser hombre, y se convierte en un autómeta gobernado por la codicia. Entonces él haría cosas que en su estado normal se avergonzaría imaginarlas. Lo mismo ocurre con la sociedad. Cuando se convierte en una perfecta organización para el poder, hay pocos crímenes que sería incapaz de cometerlos. Porque el éxito es el objeto y la justificación de la máquina, mientras la bondad solamente es el fin y el propósito del hombre. Cuando esta máquina organizada principia a alcanzar un tamaño desmesurado, y los que la manejan se convierten en partes de la misma, entonces la personalidad del hombre desaparece y se transforma en un fantasma: todo llega a ser una mera revolución mecánica, llevada a efecto por las partes de la máquina, sin la más ligera noción de la responsabilidad moral.» (1)

(1) "It is owing to this that war has been declared between man and woman, because the natural thread is snapping which holds them together in harmony; because man is driven to professionalism, producing wealth for himself and others, continually turning the wheel of power for his own sake or for the sake of the universal officialdom, leaving woman alone to wither and to die or to fight her own battle unaided. And thus where coöperation is natural has intruded competition. The very psychology of men and women about their mutual relation is changing and becoming the psychology of the primitive fighting elements rather than of humanity seeking its completeness through the union based upon mutual self-surrender. For the elements which have lost their living bond of reality have lost the meaning of their existence. They, like gaseous particles, forced into a too narrow space, come in continual conflict with each other till they burst the very arrangement which holds them in bondage.

"Then look at those who call themselves anarchists, who resent the imposition of power, in any form whatever, upon the individual. The only reason for this is that power has become too abstract—it is a scientific product made in the political laboratory of the Nation, through the dissolution of the personal humanity.

"And what is the meaning of these strikes in the economic world, which like the prickly shrubs in a barren soil shoot up with renewed vigour each time they are cut down? What, but that the wealth-producing mechanism is incessantly growing into vast stature, out of proportion to all other needs of society,—and the full reality of man is more and more crushed under its weight. This state of things inevitably gives rise to eternal feuds among the elements freed from the wholeness and wholesomeness of human ideals, and interminable economic war is waged between capital and labour. For greed of wealth and power can never have a limit, and compro-

Así se expresa, dirigiéndose a las naciones de occidente el inmenso filósofo y poeta, cuya cuna se meció a orillas del Ganges. Hijo de una civilización nacida en la floresta, rodeada por la vasta vida de la naturaleza, arropada por ella, el voltear de los tiempos no ha cambiado su ingenuidad primitiva, ni ha roto aquella armonía fundamental entre el hombre y el universo, que ha sido la aspiración ferviente de sus sabios y de sus ascetas.

Palabras son las tuyas que deben invitarnos a reflexionar con religioso respeto, evocando los valores espirituales que es necesario involucrar en el desenvolvimiento nacional para que éste sea armónico y completo. Ello es mucho más perentorio tratándose de un pueblo que cincela día a día su propio destino y puede utilizar las lecciones que a otros costó inmensos sacrificios el aprenderlas. Por qué habríamos de pasar por todas las experiencias dolorosas que han recorrido otras naciones? Aspiremos a una cultura autóctona, pues esta es la única verdadera. Y escrito está: la verdad os hará libres. Eso es lo que significa vigor y juventud en un pueblo: vivir su propia vida, resolver sus problemas, aunando las lecciones de la historia a una comprensión original de sus necesidades, para que de allí nazca el fruto sazonado y nutrido con el jugo de su propio suelo. No es la distancia de la hora de su nacimiento lo que determina la edad de una nación: es su actitud militante ante las sorpresas que el fragor de los acontecimientos le trae cada día, exigiéndole una resolución y una dirección. Un pueblo no es pueblo joven, aun cuando los siglos no hayan depositado sobre él el reposo de su sueño, si su conducta hace pensar en la disolución de los víncu-

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

mise of self-interest can never attain the final spirit of reconciliation. They must go on breeding jealousy and suspicion to the end—the end which only comes through some sudden catastrophe or a spiritual rebirth.

“When this organization of politics and commerce, whose other name is the Nation, becomes all powerful at the cost of the harmony of the higher social life, then it is an evil day for humanity. When a father becomes a gambler and his obligations to his family take the secondary place in his mind, then he is no longer a man, but an automaton led by the power of greed. Then he can do things which in his normal state of mind he would be ashamed to do. It is the same thing with society. When it allows itself to be turned into a perfect organization of power, then there are few crimes which it is unable to perpetrate. Because success is the object and justification of a machine, while goodness only is the end and purpose of man. When this engine of organization begins to attain a vast size, and those who are mechanics are made into parts of the machine, then the personal man is eliminated to phantasm, everything becomes a revolution of policy carried out by the human parts of the machine, requiring no twinge of pity or moral responsibility.”

(Traducido por M. C. de Vaca, de la obra “Nationalism” de Rabindranath Tagore).

los que lo constituyen: entonces sus pies tocan al sepulcro, aun cuando sea reciente el día en que su cabeza, emergiendo de las sombras de la historia, recibiera el bautismo de lo heroico y aún pueda ufanarse de conquistas en la ciencia, en la legislación o en el arte.

La vida tiene un noble objeto espiritual. Es la inteligencia la que puede realizar la compenetración entre el individuo y el universo, entre nuestro yo y el alma de las cosas, haciéndonos sentir la armonía y la belleza del conjunto. Aspirar el infinito por todos los poros, buscar la perfección en el desenvolvimiento de nuestras facultades; realizar el contenido íntimo de nuestra naturaleza: hé allí la única cosa necesaria. «No ver en la ciencia más que la satisfacción de una curiosidad, decía Renán, es un error tan grande como no ver en la poesía sino un ejercicio de espíritus frívolos y en la literatura la diversión que menos cansa y a la cual se vuelve frecuentemente.»

El movimiento ascendente de la vida civilizada no puede dejar a un lado las cosas del espíritu, las que ponen en comunicación al hombre con el aspecto esencial del Universo, y despiertan en él los sentimientos más puros, bien descubriendo las leyes que rigen los fenómenos naturales, o las normas a que se ajusta nuestro pensamiento o las verdades que brillan en el fondo de la conciencia.

Si queremos que la civilización no decaiga del noble fin que le está asignado, es deber nuestro el fomento de los intereses espirituales. Si anhelamos porque la organización de los Estados no sea solamente una máquina perfeccionada para el ejercicio del poder y para el acrecentamiento de las riquezas, justificando de este modo, las acusaciones que contra ella se han dirigido, precisa infiltrar en la inteligencia social la noción de que el poder es un accidente, y nada más que un accidente ante los destinos fundamentales de la vida, y la riqueza, un medio, un instrumento, para fines más altos de cooperación y solidaridad. Precisa despertar en el ánimo de la juventud un anhelo inmenso por conocer y comprender, pues el egoísmo y la ignorancia se alían más frecuentemente de lo que nos imaginamos.

Pero cuál es el lugar más apropiado para el cumplimiento de esta misión? Cuál el templo en que puede ejercerse con mejores resultados este sacerdocio?

Dónde mejor que en una institución frecuentada por la juventud, que vive por ella y que de ella debe recibir su frescor y lozanía?

La juventud tiene su espíritu abierto a todas las renovaciones; su pecho se hincha con oleadas de entusiasmo, cuando encuentra algo digno de sus propósitos y de la osadía de su acción: la lucha no ha empañado todavía el brillo de sus armas, y per-

manece alejada de todo aquello que oscurece el criterio, desnaturaliza la convicción o fomenta el disimulo. De ella no son la intriga malsana que envenena, ni la ambición que acecha. Ella obra—debe siempre obrar—porque así se lo dicta su sentido íntimo, purificado al calor de los más elevados ideales éticos, y ella, hoy, mañana, en todos los rumbos que el porvenir abra a su múltiple actividad, debe descender sobre el corazón del pueblo, de que forma parte, trayéndole el grano de oro de la verdad desinteresada y la virtud alentadora de su ejemplo.

La Universidad, hemos dicho, es centro de cultura. Ante todo debe desenvolver en los alumnos hábitos de estudio, estimular el esfuerzo intelectual y contribuir por todos los medios posibles a desarrollar el poder del pensamiento. El alumno que deja las aulas sin adquirir esa apreciadísima cualidad de saber concentrar su pensamiento en un objeto determinado y sin conquistar aquella disciplina que es esencial para la adquisición futura de conocimientos ha dejado de obtener el primer objeto de la educación universitaria.

La misión del profesor debe ser la de sugerir, incitar y fomentar la libre iniciativa de los alumnos despertando en ellos el amor a las investigaciones originales. Mientras más se profile la personalidad de los estudiantes en los trabajos que realicen y su inteligencia se adiestre en esa utilísima gimnasia de viajar sólo por los dominios de la inducción y el raciocinio, su progreso cultural será más sólido y duradero. La erudición no es la ciencia: organizar los hechos, introducir la luz de la sistematización en nuestras experiencias y observaciones para de ese conjunto, deducir las ideas directoras en la materia especial de conocimientos a que hayamos consagrado nuestra atención, hé aquí los puntos que debe tener a la vista la Enseñanza Superior.

«El valor de un sabio, dice muy acertadamente Payot, no es proporcional al cúmulo de hechos amontonados, sino que está en razón de la energía del espíritu de investigación y de aventura, si así puede decirse, constantemente depurado por una severa crítica. El número de los hechos nada significa; su calidad es todo; y esto se olvida demasiado en la enseñanza». «El gran valor de la Enseñanza Superior descansa sobre los trabajos prácticos y el contacto del discípulo con el maestro. Desde luego, y por el mero hecho de estar a lí prueba el maestro la posibilidad del trabajo y es ejemplo vivo, concreto, tangible y respetado de cuanto se puede conseguir con el trabajo. Después sus conversaciones, sus recomendaciones, sus declaraciones, sus confidencias sobre el método; y aún más que todo eso el ejemplo dado en el laboratorio, y todavía más, la iniciativa del alumno entusiasta; los trabajos personales que se suscitan, las exposiciones delante

de los compañeros, el dar cuenta en puro y simple resumen de los libros leídos, todo eso ejecutado bajo la bienhechora dirección y censura del maestro es lo que constituye la enseñanza fecunda.»

Recuerdo que en los Estados Unidos, con el objeto de recomendar, en tal o cual rama de la industria ciertos productos al favor del público se los anuncia haciendo hincapié en que desde la primera transformación de la materia prima de que provienen hasta el momento en que se los exhibe en el almacén para el expendio, todo el trabajo ha sido hecho por la maquinaria, sin que la mano del hombre haya dejado la más ligera huella, ni haya intervenido en ninguna parte del proceso de transformación. País orgulloso de su dominio sobre la naturaleza ostenta como un magnífico triunfo del maquinismo esta acción solitaria de sus gigantescas combinaciones sobre la materia informe, hasta convertirla en algo útil para la satisfacción de las necesidades humanas. Algo semejante ocurre cuando en los establecimientos de educación, escuelas, colegios, universidades, quiérese fiar toda la eficiencia de sus resultados al esfuerzo objetivo de la institución en sí misma y no al dinamismo interno del educando; al engranaje de programas y planes de estudios; a las conferencias y las recitaciones orales, todo lo que significa un esfuerzo intenso por parte de los profesores, pero que, si funcionan más o menos aisladamente, dejan al alumno en completa pasividad y no evocan sus poderes de creación ni ponen en movimiento sus fuerzas interiores. Lo que puede ser una perfección de alto grado en el reinado de la industria, no lo es en la evolución de la enseñanza. El alumno así educado podrá aparecer como un éxito completo del sistema; y la máquina orgullosamente podría declarar: yo lo he hecho todo. La observación superficial, lo admirará en los primeros momentos de su salida de la escuela, el colegio o la universidad; pero su saber, aun cuando extenso, no será sólido ni duradero: sus conocimientos, al tratar de incorporarlos a la realidad viviente, y de aplicarlos al orden físico o al orden social disiparánse como se disipa la niebla de los campos al calor del sol. Lo que fácilmente se adquiere, fácilmente se pierde: el patrimonio que no hemos contribuído a formar con nuestros esfuerzos, que ni nos recuerda sufrimientos, desvelos ni privaciones, que lo recibimos amasado de un golpe por causas ajenas a nuestro intento, fácilmente se dilapida y se disuelve. Lo mismo ocurre con aquel otro patrimonio que debe llevar el sello de nuestra meditación, de nuestra labor, de nuestras vigiliass; que constituye un desdoblamiento del propio ser, el que uno múltiple vive y perdura en lo que piensa en lo que cree y en lo que inventa.

Por fortuna, hace mucho tiempo que los métodos de nuestros institutos docentes, se hallan libres de estos vicios de la antigua pedagogía; y que la enseñanza se ha vivificado y modernizado, en sus múltiples aspectos.

Huiremos, estimados jóvenes, de esta forma de aprendizaje: nos esforzaremos por fijar nuestra atención, antes que en las palabras en las ideas que ellas representan; no en el símbolo sino en la cosa por él exteriorizada, procurando desentrañar su significado oculto, lo que es y lo que vale en la economía de la realidad. Demos a las palabras el valor que les corresponde en el organismo de los conocimientos, como vehículo de valores intelectuales, sin confundirlas con los valores mismos. Porque ¿qué son las palabras? signos de algo que flota en la mente de quien las profiere, sin alcanzar a traducirla por completo: las infinitas coloraciones de la verdad y de la idea resbalan muchas veces, con fugitivo impulso, sobre el murmullo de los sonidos, como las coloraciones del iris por la superficie viscosa de la espuma que forma el agua jugueteando entre las guijas del arroyo.

Y acordémonos siempre de que ellas tantas ocasiones traicionan nuestro pensamiento, de modo que para readquirir su eficacia potente y precursora han menester del comentario de la acción. Cuando la vida misma sirve de explicación a nuestras doctrinas, cuando un principio se ilustra con nuestra conducta, entonces su sinceridad abre las puertas del convencimiento y reclama victoriosamente la adhesión de los demás.

«En la Universidad ideal que yo concibo debería un hombre poder obtener la instrucción de todas las formas de conocimiento y la disciplina para emplear todos los métodos, para procurar estos conocimientos. En una Universidad tal la fuerza del ejemplo vivo debería inflamar al estudiante en la noble misión de llegar a lo que llegaron los sabios, y el mismo aire que allí respira debería estar cargado de ese entusiasmo por la verdad, de este fanatismo por la veracidad que es una posesión más preciosa que un gran saber, y un dón más noble que la facultad de aumentar el saber, tanto más noble y más grande cuanto es superior la naturaleza moral a la naturaleza intelectual; pues la verdad es el alma de la moralidad» (Huxley).

La inteligencia es el instrumento que nos sirve para adquirir nuestros conocimientos. Del cuidado de este instrumento, de la manera como lo usemos en nuestras operaciones dependerá la eficacia con que ese objeto sea cumplido. La disciplina de la mente es el principal requisito para ello, pues una mente desordenada lleva dentro de sí misma el germen de la impotencia. Sólo los hábitos formados en la primera edad pueden asegurarle

más tarde el señorío de sí misma, hábitos que se forman paulatinamente por una sucesión indefinida de actos, cada uno de los cuales enlázase al anterior y todos juntos forman esa cadena inrompible que es la gran fuerza organizadora en el dominio intelectual. Desarrollemos nuestras facultades de observación, las que nos mantendrán unidos a la tierra para recibir de ella la fuerza necesaria a nuestras deducciones; para que las verdades adquiridas sean aplicables al orden natural de los sucesos, y a ese otro orden algo más complicado y difícil, cuya trama es más variada y más rica, el orden social.

El vuelo que han tomado las ciencias naturales, innovando las disciplinas de estudio que parecían más extrañas a su influencia, penetrando con sus métodos en regiones antes ignoradas, ha hecho nacer la necesidad premiosa de limitar el campo de nuestra actividad intelectual, circunscribiendo el radio de las verdades que nos proponemos adquirir, con el objeto de que nuestra labor sea más fructífera y aun de que, en virtud de ulterior esfuerzo, de allí mismo pueda brotar el raudal de las más amplias generalizaciones, los postulados de la acción práctica y los ideales de conducta.

Hay quienes apremiados por las necesidades filosóficas del momento no tienen la paciencia suficiente para esa labor detallada y nimia, silenciosa de que a la postre depende el progreso de la ciencia. Este progreso ha sido posible para la utilización de toda clase de factores. Como las hormigas que cada una lleva su tributo para la hacienda común, pero que a los ojos de quien las observa desde afuera lejos de apoyarse se obstaculizan, así los hombres de ciencia ignoran muchas veces la manera como están contribuyendo al edificio científico del porvenir.

Y esta labor paciente que supone la virtud del desprendimiento llevada a su máximo grado, requiere también un conjunto de medios y materiales adecuados sobre los cuales ha de aplicarse la acción reflexiva de quien aspira a conocer los secretos de las cosas.

No es posible pasar en silencio las dificultades que se oponen entre nosotros a la investigación personal. En primer lugar es indispensable enriquecer nuestros laboratorios para todas las ramas de las ciencias físicas y naturales proveyéndolos de todos los aparatos necesarios al investigador y accesibles a toda persona que pueda llenar ciertas condiciones y se someta al conveniente reglamento. No veo por qué esos laboratorios no deberían prestar servicios reales a quienes han salido de la Universidad, y desean continuar su labor científica en tal o cual rama del saber humano. Por el contrario, encuentro más meritorio ese trabajo en quien ha dejado la Universidad y se halla fuera de la acción de los planes de estudios, programas, en una palabra,

del incentivo de los cursos académicos. Su interés acusa una gran devoción por la ciencia. La Universidad debe poner a disposición del público que se interesa por la ciencia, su Biblioteca, sus Museos, sus Archivos, en general todos los elementos que ha ido atesorando en el transcurso de los años para la mejora de la enseñanza. Al lado de la acción de la cátedra, cuya importancia es por todos reconocida y pregonada, debe desarrollarse, en todo plan de cultura que se conciba para la difusión y divulgación del espíritu científico, aquella otra acción fecunda aun cuando más callada, del libro, el museo, el laboratorio, la excursión científica. Ello tiende a incorporar incesantemente nuevos y nuevos elementos a la vida universitaria, infundiendo en todos los ciudadanos amor y respeto por una institución que entonces sí la considerarían como propia, como su verdadero hogar espiritual a la vez que el centro de sus más profundas afecciones.

La Universidad tiene que considerar un problema de alta importancia si quiere que su labor sea provechosa para toda clase de estudiantes. Porque al tiempo que debe suministrar oportunidades de cultivo intelectual a la generalidad de los jóvenes, debe también ofrecer un campo adecuado al desarrollo de aquellos que bien por su distinguida capacidad, bien porque sientan vocación decidida para profundizar sus conocimientos en tal o cual materia deseen trabajar moviéndose más libremente en el campo de los reglamentos, los programas y planes de estudios. Las Universidades inglesas, que se empeñan en marchar de acuerdo con las necesidades del progreso intelectual, han organizado, a más de los cursos regulares (*pass courses*) los cursos honorarios (*honor courses*). Los cursos honorarios o electivos difieren de los regulares no sólo en que son de un tipo más alto pero también en cuanto demuestran mayor coherencia y unidad, y se condicionan mejor al propósito de acrecentar o estimular la capacidad de los estudiantes singularmente dotados y de reconocida vocación científica. Es de esta clase de cursos de donde se obtienen los individuos de mente creadora y los futuros directores del pensamiento.

La Universidad de Toronto, que puede considerarse como el tipo de las Universidades Canadienses, se ha organizado sobre la base de esta distinción. Reconócense en ella dos clases de estudiantes: los que se contentan con una revisión general de ciertos campos de conocimiento, y en tal sentido, aspiran a una cultura más o menos amplia, y aquellos que han elegido y señalado un rumbo especial para sus investigaciones.

La Universidad no debe descuidar ninguno de estos dos aspectos de la educación: amplias oportunidades debe suministrar al estudiante para el desenvolvimiento general de sus facultades, sin descuidar el cultivo de su originalidad y de las investigacio-

nes científicas personales. Está bien que el programa de los estudios consulte una parte mínima de conocimientos igual para todos, especie de denominador común en el desarrollo de los valores culturales. Pero, además, debe tomar en cuenta, por medio de los cursos libres, a quienes quieran profundizar sus conocimientos en tal o cual materia, orientar sus trabajos en una dirección determinada, con miras a la especialización.

La conveniencia de dar mayor atención de lo que se ha dado hasta la presente al estudiante de indiscutible vocación científica ha sido reconocida en un gran número de Universidades americanas en la costumbre de conferir los grados académicos, «con honores» (graduado con honores es una expresión que se usa muy frecuentemente en las Universidades de los Estados Unidos, para la proclamación de los resultados). Ello supone que ciertos alumnos, a más de sujetarse a las prescripciones de los cursos regulares, asistiendo a las clases, exámenes, trabajos escritos, etc., toman a su cargo un cierto objeto de especial estudio a donde les lleve su preferencia intelectual.

Alemania ha resuelto este problema con el sistema de seminarios. «La institución del seminario dice M. Duthoit realiza bajo una forma original y seductora el patronato intelectual de los Maestros de Enseñanza Superior sobre la *élite* de la juventud estudiosa. Su fin es agrupar al rededor del profesor algunos discípulos suficientemente interesados por las indagaciones personales y amantes de la investigación científica para no darse por satisfechos con la mera asistencia normal a los cursos, y desear una participación más íntima en la obra y en los procedimientos del maestro. Su objeto se define: iniciar a los estudiantes en el trabajo científico personal mediante ejercicios exegéticos, históricos, docmáticos y prepararlos en las investigaciones científicas originales.»

Cómo podríamos adaptar a la nuestra estas nuevas modalidades de la institución universitaria? Cómo conseguir que las brisas de renovación vengán hacia élla, la refresquen y la levanten y la aureolen ante la consideración pública?

Sería injusto desconocer que mucho se ha hecho en este sentido y que la renovación cultural de que hablamos tiene en el profesorado meritísimos y genuinos representantes. Dentro de las posibilidades del medio, de la pobreza de nuestros recursos, de la exigüidad de nuestra Biblioteca, nuestros museos y laboratorios, la Universidad ha hecho bastante por el desenvolvimiento general de la cultura; y pienso que puede seguir por ese camino de mejoramiento si todos trabajamos con tesón y encendido entusiasmo.

La tarea es un tanto complicada y difícil, como lo es todo lo que se refiere a la utilización de progresos que han nacido en un

ambiente distinto del nuestro, con elementos y medios de acción que por hoy no disponemos.

Sin embargo para fomentar esa especialización en las investigaciones de que venimos hablando, y habida cuenta de que por perentorias razones de economía no podríamos establecer los cursos honorarios o electivos, según el modelo de las Universidades inglesas, quizás podría pensarse en que, dentro de cada curso regular se organice en los dos últimos meses o en el último mes del año escolar, según las circunstancias, un curso de especialización en alguno de los problemas que hubieren sido objeto de estudio. Este plan requeriría que la revisión general de la asignatura quede terminada a mediados del mes de mayo y que desde esta fecha hasta julio se concrete la investigación a cualquier problema de los que hubieren sido materia de enseñanza general según el respectivo programa, problema que se lo podría determinar de común acuerdo entre el profesor y los alumnos.

Creo que ésta sería una manera adecuada para el estímulo del esfuerzo intelectual, sobre todo en la Facultad de Jurisprudencia.

Un examen de las tendencias en la filosofía de la educación como se la quiere aplicar a las escuelas y a los colegios de Enseñanza Secundaria contribuiría a vitalizar los principios de la Enseñanza Superior. Partiendo de la doctrina del interés como móvil de la atención, pues cuando no se logra interesarnos permanecemos indiferentes a todo lo que nos rodea, la pedagogía de la escuela ha pasado por el período en que el método ocupó el punto central y de allí llegó a una ulterior etapa en la cual el objeto primordial que se persigue es promover la actividad misma del alumno. Al través de las tres fases el maestro o el libro de texto abastecen el material organizado de los estudios. Una penetración más profunda de la psicología del aprendizaje y las leyes del pensamiento nos conducen por este último derrotero. El reconocimiento de un propósito científico determinado, por vocación y devoción intelectual, es lo que debe estimular al estudiante a seleccionar y organizar sean hechos, conocimientos u objetos concretos que le abran el rumbo a la coronación del resultado que tiene en mientes. De este modo hallamos un método sugestivo para levantar el nivel de la Universidad, evocando en el estudiante un propósito que llenar, a saber, la maestría en el dominio de algún objeto de conocimiento a que le inclinen sus aptitudes y su voluntad orientada y disciplinada para este fin.

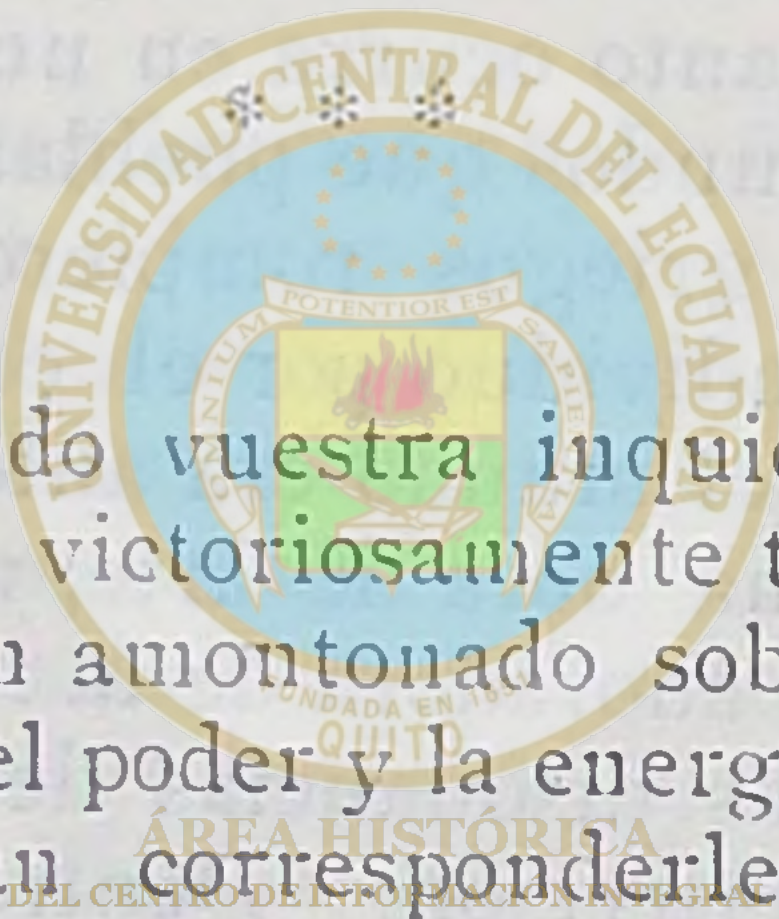
* * *

Por noble y excelso que el cultivo de la inteligencia se muestre a nuestras consideraciones, la educación universitaria sería incompleta si se restringiera a este único y exclusivo objeto. Ella debe prepararnos para la acción. La vida intelectual, por sí sola es fría e impersonal. La especulación distiende libremente sus alas por el mundo de los pensamientos; escudriña las raíces de las cosas; pero éstas permanecen ante nosotros extrañas e indiferentes mientras por una relación interior a las mismas no las incorporemos a nuestra sustancia, comunicándoles el calor del propio corazón. Ese como alejamiento de la naturaleza, a medida que por el progreso de la ciencia se ensancha nuestra visión del Universo, es una de las causas de inquietud de la mentalidad contemporánea. ¿Pues qué valor, acaso nos preguntemos, puede tener cuanto ocurra en nuestro globo, comparándolo a la infinidad de mundos que pueblan los espacios?

Los pensadores griegos rompieron esa antítesis entre el mundo externo y el individuo por el concepto de la proporción y la belleza: para ellos el mundo era ante todo un símbolo de adecuación y simetría, una obra de arte, una armonía eterna. La civilización Helénica, adoradora de la forma, de la línea y del colorido, fundía todas las disonancias de la realidad en aquel concepto superior de perfección. Dentro del ascetismo cristiano, presentóse el mundo como la expresión del orden moral, donde, según la frase de San Agustín, la justicia se concilia con la bondad. Bajo esta alta y significativa inspiración, el mal mismo contribuye a la unidad maravillosa del conjunto, y es sólo un accidente dentro del plan que comprende a todo lo que existe.

Pero el conflicto entre el hombre y el mundo externo subsiste y reaparece bajo diversas formas. Sólo la acción, la acción fecunda y bienhechora puede servir de lazo entre el reino autónomo de los fines interiores y el mundo que solicita y estimula nuestra fuerza, en un afán siempre creciente de penetrar en nosotros o de atraernos a su centro. La acción sostiene y robustece el espíritu, le hace partícipe de su energía y contribuye a realzar en el hombre el exponente de su dignidad. Es característico de la vida no completarse dentro de sí misma: busca expandirse, extenderse y comunicarse. El individuo aspira a realizarse a sí mismo, a desenvolver su esencia, a encarnarse en la acción. «El gran objeto de la vida no es el saber sino el obrar» dice un profundo pensador inglés.

Los seres inferiores obran bajo el látigo de la sed y del hambre; pero el hombre es capaz de obrar por el goce de la acción misma, por la inefable alegría de sentir que las vibraciones que constituyen el enigma de su ser transmítense a lo que le rodea, confiriéndole el sello de su noble idealidad. La naturaleza misma, al influjo de la acción del hombre y recibiendo el beso de sus obras, es más que la esclava, es la hermana obediente y sumisa que trabaja bajo el ala acariciadora de un común destino. Esto comunica un sentido de profundidad a todo lo que nos rodea: espiritualiza, dirémoslo así, el Universo y nos pone de relieve que todos y cada uno de nuestros actos se relacionan con nuestro perfeccionamiento individual, con el de las instituciones de que formamos parte, con el de la Patria que nos cuenta entre sus hijos y con el de la humanidad en su conjunto: reconstituye la síntesis suprema de fuerzas y propósitos, finalidades y anhelos que discurre por el vaivén de los fenómenos y el curso accidentado de la Historia.



Jóvenes, yo comprendo vuestra inquietud: Yo sé que vuestro anhelo sería demoler victoriosamente todos los prejuicios, todos los errores que se han amontonado sobre nuestra especie deformándola y restándole el poder y la energía que en la visión que de ella tenemos deberían corresponderle. Porque el ideal es vuestro, y cuando el ideal calcina nuestras almas aspiramos a ser más grandes que nuestro presente, más humanos que nuestro pasado. Pero no olvidemos que la acción para ser fructífera ha de ser disciplinada, ha de llevar tras de sí el respaldo de nuestras opiniones y, sobre todo, ha de seguir siempre la figura austera del deber.

He dicho.